SERIE II TEGUCIGALPA, 20 DE OCTUBRE DE 1894. NÚMERO 18.

EL PENSAMIENTO

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTORY FUNDADOR, F. TURCIOS.

HASTA LUEGO.

Un doloroso acontecimiento, la grave enfermedad de una persona querida, me obliga á separarme, por algunos días, de la Redacción de este semanal.

Perdonad, pues, mis bellas lectoras, las que me honráis con el sincero aplauso de vuestras manos blancas, las que acariciáis los pobres versos de mi alma con el fulgor de vuestros ojos divinos.

Mi amigo, el doctor Domínguez, se encargará de deleitaros con su numen fecundo. Este distinguido compañero y hermano en el arte, sabrá haceros olvidar mi ausencia con el atractivo de sus inspiraciones. A él dejo recomendado que os entristezca en mi nombre el 2 de Noviembre, día de difuntos, con un número extraordinario, enlutado y lleno de fúnebres composiciones. Para él cuento con el simpático material de mis queridas amigas Lucila, Lupe Reyes y Amalia, que al fin se decide á obsequiar mis deseos, honrando mi periódico con su brillante colaboración. Leonor no escribirá porque vela con el ánimo enfermo á la cabecera de una adorada moribunda....Domínguez, Pinel, López, Durón y mi corona de ciprés amarillento tendrán su puesto en las páginas de luto por los que ya no existen.

Leed muy despacio este número, hermosas lectorcitas; y si sentís dentro el alma una secreta y vaga melancolía, si os agitan deseos de llorar, enviadme un recuerdo de cariño, que mientras vosotras leis estas líneas en el salón, ó en el precioso dormitorio, testigo de vuestros encantos, sonrientes y felices, yo iré á galope camino de mi pueblo, llena el alma de nostálgica tristeza (¡oh mi amada Blanca!); de sombríos y negros presentimientos por el hogar que quizá se viste de fúnebres crespones....

Y ahora os diré enviándoos un amistoso apretón de manos:

Hasta luego!

F. TURCIOS.

Tegucigalpa: 17 de octubre de 1894.

SIDERAL.

Oh! ved cómo la noche se atavía
con su cerúleo manto salpicado
de sideral, temblante orfebrería,
y más hermosa que la luz del día
muestra de sus hechizos el tocado!

Ved còmo se estremece y se abrillanta
la límpida extensión del horizonte;
un rumor como de alas se levanta
y con sublime palidez que encanta
la luna surge del azul de un monte!

Ved cómo en vago resplandor que albea
el espacio se inunda y de improviso
cuanto en redor se mira se hermosea,
el pensamiento alado se recrea
y la tierra simula un Paraíso!

¿No sentís en el alma al casto beso
de esa radiosa y argentada lumbre,
como de una ilusión el embeleso
que os hace ver en inefable exceso
de la dicha del cielo una vislumbre?

¿No os parece sentir como que brota
de allá del corazón, sensible y pura,
una suprema, inolvidable nota
que arrulla vuestros sueños con ignota
romántica y dulcísima ternura?

¿No os embriaga el cantar de una esperanza
que endulza ó que suaviza los dolores
y en transportes de vaga venturanza,
os finge en la azulina lontananza,
ansias, recuerdos, idealismo y flores?

¿Vuestro espíritu inquieto no desliga
los lazos que le juntan á la tierra
y ave de luz á quien el mundo hostiga,
á las estrellas y al azul se liga
y por los campos siderales erra?....

Es que la noche cuando el velo extiende
de sus misterios, tórnase en santuario
en donde el alma absorta se suspende;
porque en sus aras el amor enciende
el sublime fanal de su sagrario!

J. A. DOMÍNGUEZ.

1894.

LEDA

—

Á Miss Mary Springer.

Simpatía y cariño.

Lucila Gamero Moncada.

I.

¡Cosa extraña!

Contra lo natural, el semblante de Leda estaba pálido y triste; su sonrisa era dulce sarcasmo del sufrimiento; su actitud humilde y abatida.

Cerca de una ventana, los codos apoyados en una magnífica mesita, en donde acostumbraba escribir á sus amigas íntimas, y confiar al papel todas sus impresiones, yacía devorando, línea por línea, el contenido de una carta que acababa de recibir.

Quien horas antes hubiera entrado al precioso cuarto de estudio de Leda, más bello y artístico que el de una princesa, sorprendiéndola, desdeñosa y altiva, hojeando volúmenes que ya se sabía de memoria, la habría tomado por una segunda Minerva; y si después contemplárala jugando con sus queridos canarios, acariciada por sus amigas que de veras la adoraban, no hubiérale cabido duda que aquella joven era la más feliz del mundo.

Leda tenía un carácter extraño: sensible hasta el extremo, y al mismo tiempo enérgica y altiva cuando le convenía serlo, tenía una alma bellísima: con los humildes era amable y bondadosa; nunca, por lo más, les hubiera manisfestado creerse mejor que ellos; pero con los altaneros empleaba una frialdad cáustica, un desprecio tan soberano, que los hacía humillarse y temblar. Los buenos, los honrados, los humildes, la adoraban hasta dar su vida por élla; al par que los soberbios y orgullosos la temían, y, lo que era más honroso para élla, la aborrecían.

Leda, más que todo, sabía dominar sus impresiones: dolores, pesares, desengaños, esperanzas y alegrías, todo lo encubría mostrando en sus labios una sonrisa dulce, maliciosa y, sobre todo, enigmática.

Muchas veces decía á sus amigas:

—Lo que más oculto yo es aquello que todos tienen interés en saberlo; me gusta burlar la curiosidad.

Ahora bien; cosa muy grave debía ser la que preocupaba á Leda, cuando había logrado palidecer sus mejillas, empañar el brillo de sus hermosísimos ojos, velando su mirada serena y penetrante.

La gatita mimada rodaba sobre la alfombra los libros más favoritos de su graciosa ama: y élla ni siquiera lo notaba.

Los canarios, acariciados por el grato frescor de la mañana, trisCaban alegremente.

Ella se puso de pie; pálida, contrariada y majestuosa; y dirigiéndose á sus canarios:

—Amigos míos: vosotros sois los únicos que sabéis mis secretos, puesto que os creo incapaces de hacerme traición....Sabed, pues, que sufro un dolor intenso, irremediable, que á otra que no fuera yo la haría llorar á mares; pero esas lágrimas serían benéficas, puesto que atenúan el dolor....Las personas de mi temple sufrimos más, porque raras veces cedemos á la explosión del llanto.....Amigos míos, sois mis confidentes, es verdad, pero también sois mis súbditos; así, pues, cuando

veais mis ojos graves, mi frente anublada, mi semblante serio y mis manos crispadas, suspended vuestros gorjeos: la dulzura de ellos forma horrible contraste con la amargura en que rebosa mi alma.

Calló la joven; y los pajaritos, como si la hubieran comprendido, esponjaron sus plumitas hechas con hebras de oro, y escondiendo su piquito en ellas, guardaron un silencio diplomático.

II.

Como á todas las almas ardientes, á Leda le había llegado su tiempo de amar.

Sensible y soñadora, desde niña se había enamorado de un ideal; y acariciaba en su mente un porvenir brillante como sus sueños de virgen.

Un joven arrogante y simpático cautivó su corazón....¿Lo sabría él? ...¡Tal vez!.... Pero los labios de élla nunca se movieron para decírselo.

El la amaba con el amor más grande que puede caber en corazón humano; y élla le correspondía con sonrisas amistosas.

El vivía desesperado como un loco; y élla sonriendo con su sonrisa indescifrable, habitual.

¿Por qué se mostraba tan esquiva con el hombre á quien adoraba?

¿Por qué no confesarle sinceramente su amor?

Ah!....Esto es lo que yo no puedo ni quiero decir; alguien, tal vez, lo adivinará.

El no perdía ocasión de declararle con palabras, con miradas, con luchas, su insensato amor.

Una noche que había reunión en casa de Leda, cuando ésta bajó al jardín, él la siguió, hasta que encontró medios de hablarla á solas.

—Por última vez—le dijo él—voy á molestar á Ud. hablándole de mi amor; hágame el favor de escucharme.

Ella se inclinó en señal de asentimiento.

—Contésteme, Leda: ¿ha sentido alguna vez su corazón simpatía por el mío?

—Simpatía fraternal, únicamente.

—Bueno; pero....¿nada más?

—Nada más.

Oigame, Leda; no pretendo que Ud. me diga ya: "te amo;" pero sí: "ten esperanza; te amaré."

—No quiero engañar á Ud., diciéndole eso.

—Esa sangre fría que Ud. muestra me mata; quisiera verla emocionada, aunque fuera en contra mía.

—Soy amiga de la calma.

—¿Me amará usted?

—Es imposible—sollozó la valerosa joven.

—Entonces—murmuró él, con locura—oiga usted mi resolución.

—¿La resolución de Ud?

—Sí; como sé que á Ud. no le gusta la carrera eclesiástica, para darle gusto, me haré sacerdote, y sacerdote católico.

Leda hizo uso de toda su sangre fría.

—Ud. debe estar loco—le dijo.

—Nada de eso; y en el altar, en vez de adorar á santos de palo, adoraré á usted.

—Eso es inicuo; será Ud. mal sacerdote.

—Como casi todos; pero tendré la virtud de no rendir culto más que al único amor que me ha inspirado Dios....Me iré á países lejanos; y para las vírgenes que mande hacer, servirá de modelo el retrato de usted.

Si él no hubiera estado tan emocionado, habría visto en los ojos de su amada algo extraño, mezcla de sufrimiento infinito y amor intenso....

Aquella debilidad, aquel triunfo del corazón sobre la inteligencia, duró muy poco; y con calma le dijo enérgicamente:

—No quiero que usted sea sacerdote.

—¿No quiere Ud?—gritó él con alegría?

—No—contestó élla mirándolo fijamente.

El no pudo contener el ímpetu de su volcánica pasión; la estrechó en sus brazos con verdadero frenesí:

—¿Me ama usted?

Ella se desmayó en sus brazos; pero haciendo á un lado su embriaguez amorosa, se puso de pie enérgicamente.

Y él, con las manos hacia élla, y el ademán suplicante:

Leda ¿me ama usted?

Estuvo á punto de contestarle:

—Sí; pero no podré nunca ser tu esposa.

Mas, comprendiendo que decir eso era agravar la situaciòn de él, dijo:

No; y siempre no.

Y se dirigió al salón con el semblante sereno y alegre....

¡A Dios gracias, nadie puede leer lo que pasa en nuestros corazones!

III.

Èl, desilusionado, se fué sin que su familia supiera para dónde.

Leda vivía, y vivía pensando en él: en los grandes corazones el amor es inmortal.

Una carta, cuya letra la hizo estremecer, le trajo noticias de él:

"Soy más que sacerdote, jesuita"—le decía;—"y te amo más que nunca. Siguiendo el ejemplo de la mayor parte de los de mi compañía, de creer menos que el menor creyente, no adoraré más que á tí"....

La carta concluía con párrafos amantísimos; y las últimas palabras eran:

"....Con todo, seré bueno, "por tí, no más por tí," puesto que eres el único móvil de todos mis pensamientos y acciones."

Leda se quedó, después de leer la carta, inmòvil; aquella voluntad enérgica tembló; cogiò la carta y la acercò á sus labios bañándola con sus lágrimas:

¡Por primera vez, en su vida, lloró!

—Luego exclamò con verdadera angustia:

—Soy muy desgraciada....¡Con cualquier hombre me puedo casar, menos con el que amo! ¿Cómo casarme con él, aunque no fuera jesuita, si?....Cállate Leda; este secreto no deben saberlo ni tus canarios!....

IV.

¿Y después?....Después ¿qué fué de élla?

Me preguntaréis mis queridísimas lectoras y bondadosos lectores.

—Esperad; no está muy lejano el día en que os lo cuente.

LUCILA GAMERO MONCADA.

Danlí, octubre 2 de 1894.

VESPERTINA.

*

Oh, mira, mi amada, que tarde tan bella,
las nácares nubes se tiñen de azul:
ya brilla en el cielo la pálida estrella
que arrulla tu frente con trémula luz.

*

La noche su manto de sombras suspende
cubriendo los montes su oscuro crespón.
¿Por qué tu semblante divino se enciende
con esas oleadas de casto rubor?

*

No temas, mi vida. Tus blancas mejillas
mis besos no irían jamás á encender:
tus manos me bastan: ya estoy de rodillas:
te adoro y aun tiemblas, oh, dime, ¿por qué?

*

¿No sabes? Pues oye: quien siente la llama
de amor cual si fuera rugiente volcán,
cual cosa sagrada respeta á la que ama,
no ofende, atrevido, su amor virginal.

*

Lo dudas, ¿no es cierto? Oh ven á mis brazos,
tan pura como antes de entre ellos saldrás;
no temas, sirena, que en locos abrazos
con fiebre de amores te vaya á incendiar.

*

Ya sé que eres mía, que tu alma inocente
me diste hace tiempo temblando de amor:
pues antes que adorne de azahares tu frente
desecha, mi dueño, tu casto rubor.

F. TURCIOS.

15 de octubre del 94.

EL BESO.

—

A MI QUERIDA AMIGA LA DISTINGUIDA SEÑORITA LUCILA GAMERO MONCADA.

[Continúa.]

—

A su regreso encerróse en sus habitaciones; nadie la veía, no recibía ni correspondía visitas.

Sus amigas íntimas, las que habían com-

partido con élla los juegos de la infancia, las que entre risas y lágrimas habíanla despedido cuando su partida á la capital, aquellas que durante su ausencia recibían correspondencia diaria, aquellas que anhelaban el ingreso de la amiga querida á su pueblo y que deseaban tenerla nuevamente á su lado, no podían menos que extrañar su conducta.

Rogó á su padre no hicieran su entrada á la ciudad hasta por la noche, y Rivera, que amaba con delirio á su hija, no tuvo obstáculo en darle gusto.

Además, no dieron aviso del día que llegaban para que no los fueran á encontrar; pero no obstante ésto, los amigos íntimos, los familiares, fueron algunas millas fuera de la ciudad de....inútilmente.

Sí, inútilmente: porque no los encontraron. Clorinda preveía todo eso y élla sólo pensaba alejarse del mundo.

Fueron á la morada de la que había sido cariñosa y tierna amiga y la encontraron desierta.

Ese era un misterio, pero un misterio indescifrable para aquellas buenas gentes. Cundió por el pueblo la noticia de que Clorinda no recibía á nadie, ni quería dejarse ver de nadie, y la maledicencia tan propia de lugares pequeños, empezó á hacer conjeturas, conjeturas que tan terribles son á veces. Unos la juzgaban orgullosa ó achacaban á 'tontería su aislamiento.

Las personas que sinceramente la querían, la disculpaban pretextando enfermedad, con lo cual aparecían como preferidas por la amistad y confianza de la hermosa niña; pero luego había quien dijera que nunca entraba médico á la casa. Y á pesar de las investigaciones, Clorinda empezaba á sentir los síntomas de una enfermedad alarmante.

Había quienes audazmente lastimaran el honor de la inocente virgen.

Y el todo, la verdad, era que por más que se devanaban los sesos, no averiguaban el motivo de aquella clausura.

Ni el piano había vuelto á oirse: todo estaba triste; pues la dueña de aquellas habitaciones parecía no existir.

La tristeza con su manto funeral había entrado á aquellas habitaciones y no podía inquirirse la verdad de tanta transformación.

Pasaron dos años desde el regreso de Clorinda á su pueblo natal y había observado durante el curso de ellos el mismo sistema de vida que en los primeros días

MARÍA GUADALUPE REYES.

(*Continuará.*)

PODER DEL AMOR.

—

Vestida ricamente y reclinada
En un muelle sofá,
Hallabáse una niña encantadora
Y á sus pies, un galán.

El hablaba de amor, de sueños de oro,
De un encantado edén;
La pedía su amor llorando á mares,
De hinojos á sus pies.

Pero élla indiferente á sus palabras,
Tranquila contestó:
—Dame oro en profusión, dame diamantes
Si deseas mi amor.

Estas palabras de interés mundano
Helaron al galán,
Corrió por su organismo ola de nieve
Y cesó de llorar.

Y ¡oh poder del amor! Aquellas lágrimas
Heláronse también,
Y rodaron en forma de brillantes
De la hermosa á los pies!

FAUSTO.

LA RISA.

—

Á JOSÉ MARTÍ.

(Concluye)

—

La alegría de Italia tiene un "triunfo": el carnaval. El hijo predilecto de la farsa es Pulchinela. Pantalón, El Doctor y demás buena compañía, vienen después.

La risa de España tiene un campeón en el chulo y una flor en la manola. No hablo de

esa gran alegría literaria que tiene su epopeya victoriosa en las novelas picarescas; de la alegría triunfal de Cervantes, de la alegría endiablada de Gil Blas de Santillana y de Guzmán de Alfarache. Me refiero á la indígena, á la autóctona, á la legítima y nacional alegría española. Esa es la que dirige y anima las danzas del pueblo. Su bandera irisada es el pañolón de Manila, y en la caña cristalina bebe el zumo de Jerez y de San Lucar. Para la fiesta griega eran los crótalos sonoros; para sus zambras son las vivas, locas y animadoras castañuelas. Su pompa es vistosa, cubierta de colorines, de cintajos y de lentejuelas. La lentejuela es una estrella en ese firmamento donde son constelaciones la chaquetilla del torero y la enagua de la flamenca danzarina. Los moros le dieron la pandereta, que es el tambor del regocijo. España ha compendiado en una palabra que es un símbolo, toda su antigua y salvadora gracia: "sal."

—

¡Bendigamos la risa!

Bendigamos la risa porque élla libra al mundo de la noche. Bendigámosla, porque élla es la luz de la aurora, el carmín del sol, el trino del pájaro. Bendigamos la risa, porque es la predilecta del rey Bebé, muñequito sonrosado y adorable que lleva paz y dicha á nuestras casas.

Bendigámosla, porque élla está en el ala de la mariposa, en el cáliz del clavel lleno de rocío, en el aderezo de rubíes que se contiene en el estuche de la granada. Bendigámosla, porque élla es la salvación, la lanza y el escudo.

—

Luego cuando estamos en el recogimiento de nuestros ensueños, en la vaguedad de nuestras esperanzas, en la fata-morgana de nuestras ilusiones, viene una musa triste, triste.... Nos visitan en nuestras ansias solitarias, amados y misteriosos seres, llenos de enigmas de dolor ó de fatalidad. Hécuba sollozante y maternal está allá lejos; Orestes va gimiendo y tras él las Euménides implacable; Edipo, pasa ciego; Medea, abomina y conjura; Hamlet, esta esfinge, se ve ante Ofelia, esta pálida y fúnebre rosa. Y después todos los hijos de la neurosis, todas las negras mariposas del delirio. Junto al realismo, cegador de flores, la poesía envenenada, la enferma, la de las ruinas, las larvas y los despojos!

¿Quién nos salva de este anonadador y oscuro diluvio, de esta sombra, de esta invasión espectral, de este horror, este espanto?... Tú, Scapín; tú, Oronte; tú, Fígaro; tú, Trínculo; tú, Clarín junto á Segismundo; tú, pobre bufón que acompañas al viejo Lear, cuando la tempestad, con sus furiosos dedos de hielo, desgreña la regia barba blanca!

RUBÉN DARÍO.

SOURIMONO.

—

(EN UN ABANICO.)

—

Como rosadas flechas
De aljabas de oro
Vuelan de los bambúes
Finos flamencos:
Poblando de graznidos
El bosque mudo,
Rompiendo de la atmósfera
Los níveos velos.

El disco naranjado
Del sol poniente
Que cubre tras la copa
De arbusto seco,
Finge un nimbo de oro
Que se levanta
Del cráneo amarfilado
De un bonzo muerto.

Y las ramas erguidas
De los juncales
Cabecean al borde
De los riachuelos,
Como al soplo del aura
Sobre la playa
Los mástiles sin velas
De buques viejos.

JULIÁN DEL CASAL.

EN LAS NEBULOSAS.

—

El cielo de aquella tarde era espléndido, imponente: en el horizonte abrasado de inmenso rojo, se desplomaban los escombros de un mundo incendiado la víspera.

Cerrada la noche entré con mis amigos al café de la Paz.

Nos proponíamos festejar el éxito favorable de un lance de amor, un *sí* mil veces esperado con anhelo infinito.

Las libaciones se sucedieron con demasiada frecuencia: la conversación expansiva, animadísima, nos elevó al mejor grado de entusiasmo: el punzante *sprit* de mis amigos, arrancaba á cada paso sabrosas carcajadas, gritos de frenética alegría: hacíamos un ruido de mil demonios.

Mi cabeza era un volcán, la sentía á punto de estallar; mis ojos extraviados veían descomponerse la luz en los grandes espejos venecianos que giraban en caprichosas direcciones; todo ese rico mueblaje del café volteaba en derredor mío; yo mismo no sabía responder de mi personal estabilidad. Las piernas se resistían á sostener el peso de un cerebro donde se agitaba la tempestad.

En pie, con la copa rebosante del champaña en la mano, grité á mis amigos: "Por élla! Por la rubia encantadora que me espera!" Sí, bebamos todos por Alice! respondieron.

Y mi mano trémula llevó á los labios la hirviente bebida; apurado hasta las heces, el vaso de bacarat rodó en pedazos sobre la mesa de mármol.

Vámonos, les dije, y salí....mi fantasía empezó á vagar por regiones vaporosas, asfixiantes; llegaron en confuso tropel no sé cuántas visiones impalpables, moviéndose vertiginosas: sentí alas de ignotos compañeros de la noche que flotaban cerca y arrojaban suave frescor sobre mis sienes cálidas.

Y contemplé luego á la joven rubia, á la blanca pensativa, objeto de mis ensueños! Cuán bella estaba con su floja bata lila, inclinada sobre una pequeña mesa, meditando delante de las páginas del libro predilecto; la espesa cabellera dorada, esparcida por sobre los hombros, cubría las soberbias formas del pecho; la fina zapatilla de Ferry dejaba á la vista la media color de carne, que oprimía las torneadas pantorrillas.

Jamás había visto nada más arrebatador: tenía delante la hermosura en manifestación espléndida, tentadora!

En mi ansiedad, dudaba si era élla realmente ó tal vez un ideal, una fantasía, la excelsa creación de un alma de poeta!....Ah! sí, era élla: yo os lo aseguro.

El salón estaba bañado de una luz pálida, somnolienta; de los enormes cuadros se destacaban personajes sombríos en ademán de escuchar el diálogo de amor que iba á empezarse. Por una ventana entreabierta, el aire agitaba el cortinaje que el espejo del frente reproducía en forma de monstruo ebrio; los amorcillos del cielo raso me miraban como á intruso visitante de su encantada deidad.

Necesité algunos instantes y avancé luego hacia élla.

—El cielo, la dije, se abre delante de mis ojos. Por primera vez....

—Sí, por primera vez, repitió levantándose y tendiéndome cariñosa la mano de marfil, la constancia nos acerca

—Oh! cuánto tiempo he vagado lejos, agregué, luchando con la fatalidad empeñada en retardar el cumplimiento de mi más ardiente deseo; siempre tu recuerdo ha sido el ideal, el alma de este corazón que te pertenece. Ven, dime que me amas mucho, que ya nada podrá separarnos en la vida!

Pudorosa, suavísima, la rubia cabeza se inclinó sobre mi hombro; después un beso que luego unió nuestras almas.

Así, en dulces coloquios de amor, de promesas que consagraron las lágrimas de Alice, corrieron las horas....

Indudablemente, ningún mortal ha sido más dichoso que yo en esos momentos supremos. Juro que existe la felicidad.

Quizá el día se acercaba.

—Tengo sed, dije, deseo tomar algo que refresque mi garganta; la fiebre me invade: agua! agua!

—Aquí no hay agua; vaya á tomarla á su casa! me gritó una voz estentórea.

Abrí los ojos profundamente asustado, y ví

delante un individuo forrado en negro gabán que me miraba sin pestañar. Era un *Gardien de la paix.*

—Dónde estoy? pregunté. Qué me pasa? Alice, dónde está?

Ay! Cuánto había delirado!

Al salir del café, mi cuerpo no pudo resistir más; la cabeza perdió el equilibrio y dí en tierra: la policía me tomó y me depositó en el *Violón.*

Buenos días.

VÍCTOR LENOC.

NOTAS.

Fiestas.—El 14 del mes en curso por la noche fué firmada, en el salón de sesiones respectivo, y ante escogida concurrencia, la Carta fundamental de la República, recientemente emitida por la Asamblea Nacional Constituyente.

A continuación y en el local mencionado, se efectuó el baile con que el Poder Ejecutivo obsequió al señor don José Dolores Gámez, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Gobierno de Nicaragua, acreditado cerca del de esta República.

Aunque no tuvimos el gusto de concurrir á esta última fiesta, sabemos, por informes fidedignos, que estuvo espléndida y que reinó en ella el más exquisito gusto y la más cordial alegría.

Rimas.—

El día con su manto
de vívidos colores
Inspira cosas dulces:
la risa y la ilusión.
Entonces la mirada
se inclina hacia las flores.
Las flores son los versos
que el prado canta al sol!
La noche con su sombra
que deja ardientes rastros
Inspira cosas graves:
la angustia y la oración.
Entonces la mirada
se eleva hacia los astros
¡Los astros son los versos
que el cielo canta á Dios!

¡Qué pliegue el ala de oro
la tarde en el vacío!
¡Qué pasen por mi mente
las ondas del Cedrón!
¡Qué caiga de la nube
la gota de rocío!
¡Qué radien las estrellas,
Qué trine el ruiseñor!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Enlace.—La noche del 17 del corriente, se verificó el enlace matrimonial del Doctor don Rómulo E. Durón con la muy apreciable Señorita Fidelia del propio apellido. Deseamos á los nuevos esposos perpetua luna de miel é inalterable felicidad.

Personal.—Nuestro apreciable amigo don Froilán Turcios, Director de este periódico, partió, el jueves de la presente semana, para la ciudad de Juticalpa, en cumplimiento de un deber sagrado de familia; dejándonos encargados, mientras dure su ausencia, de la confección de "El Pensamiento," que tantas simpatías se ha captado en esta sociedad, principalmente por parte del bello sexo.

Excusando de antemano, nuestras pocas aptitudes para sustituirlo dignamente en sus artísticas labores, deseamos al amigo Turcios que al término de su viaje haya desaparecido la causa lamentable de su rápida partida; y que, dejando buenos á todos los seres queridos de su hogar, haga su pronto retorno y venga á llenar cuanto antes el vacío que aquí deja con su ausencia.

J. A. D.

ADMINISTRACION: A CARGO DE LA DIRECCION.

Condiciones.

Este periódico saldrá todos los sábados.

La correspondencia se dirigirá al Director, que no devuelve originales.

Suscrición mensual, 40 centavos: número suelto, un real.

Se admiten avisos en el forro.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.—TEGUCIGALPA